

### 3. Historia y ciencias sociales: España y Portugal

**Pablo Sánchez León:** *Absolutismo y comunidad. Los orígenes sociales de la guerra de los comuneros de Castilla.* Madrid: Siglo XXI 1998. XVII, 333 páginas.

A pesar de la amplia bibliografía que ya existe en torno a la guerra de las Comunidades castellanas, este tema tan emblemático para la historia de Castilla y de España evidentemente no ha perdido nada de su atractivo original y sigue siendo clave para la comprensión del tránsito del Medioevo a la Edad Moderna. Así por lo menos lo demuestra el reciente estudio de Pablo Sánchez León, titulado *Absolutismo y comunidad*. Lo novedoso de esta obra radica, cierto es, en la extensión cronológica de su enfoque, que aborda más de dos siglos, desde 1350 en adelante. La guerra comunera por su parte figura como punto culminante en un proceso político caracterizado por auténticos trastornos en la relación entre corona y nobleza. Dicho en términos generales, lo que se presencia ya en esta fase de la historia de la península es una progresiva dilatación del poder regio sobre su respectivo territorio que iba en detrimento de las tradicionales instituciones de representación estamental, un proceso motivado ante todo por fines fiscales y cuyo resultado final se conocerá más tarde en casi toda Europa como monarquía absoluta.

Pero no son las coincidencias en el ámbito europeo las que interesan al autor sino, al contrario, las peculiaridades del caso español para las cuales Sánchez León pretende ofrecer un análisis social mucho más profundo de lo que se ha hecho hasta ahora. Y de hecho, su investigación toma un rumbo diferente de lo conocido, dado que la búsqueda de los “orígenes sociales”

de Villalar se efectúa mediante un enfoque comparativo que indaga en la trayectoria político-social de dos ciudades castellanas muy desigualmente empeñadas en la rebelión contra Carlos, Segovia y Guadalajara. De esta manera, el autor logra poner de relieve unas complejas precondiciones socioeconómicas del conflicto, que en algunos aspectos variaban sustancialmente de ciudad a ciudad. Ciertamente, las nuevas demandas fiscales encaminadas por la maquinaria regia afectaban a todas las ciudades por igual. Pero dentro de los núcleos urbanos la repartición de las nuevas cargas difería de manera significativa. O dicho de otra forma, la clave social de una exitosa racionalización del poder regio consistía en la subsiguiente integración de las altas capas sociales haciéndolas participar de las rentas extraídas o mediante nuevas oportunidades de ascenso social en un creciente aparato burocrático. Ahora bien, como resultado las nuevas pautas de gobierno fiscal que impuso la Corona ampliaron las fisuras existentes entre la aristocracia terrateniente y la baja nobleza villana, aun cuando este hecho por sí no llevó a la revuelta. En cambio, el peligro de una situación agitada, que en el caso concreto iba a desembocar en la guerra comunera, se hacía patente en caso de que se agregaran los intereses de los nobles villanos con el artesanado como grupo social no noble de mayor movilidad e impacto político (p. 229). Y esta convergencia de intereses se dio en Segovia, mientras que en Guadalajara la nobleza menor se negó a sumarse al artesanado rebelde.

Resulta evidente que ante una explicación del conflicto orientada ante todo a las circunstancias inmediatas del ámbito social y económico hay que descartar toda

noción de modernidad atribuida habitualmente al movimiento comunero. Sánchez León lo dice claramente a la hora de repasar la literatura, al respecto por lo cual su estudio, además, constituye un paso enérgico hacia la desmitificación de un hecho que ya hace mucho fue convertido en mito.

*Sören Brinkmann*

**Miguel Artola: *La España de Fernando VII*. Madrid: Espasa Calpe 1999. 788 páginas.**

El libro que ahora publica Espasa Calpe es una nueva edición del estudio realizado por Artola sobre el reinado de Fernando VII que fue incluido como tomo XXXII de la *Historia de España* de Menéndez Pidal (1968). El atractivo de la obra que aquí presento se sustenta en dos aspectos muy evidentes. El primero de ellos es la importancia que el mencionado período histórico tiene en la evolución que España siguió a lo largo del siglo XIX e incluso, me atrevería a afirmar, a lo largo del XX. En este sentido, más allá de la perspectiva ideológica, del origen del *constitucionalismo* hispano o de las ansias *absolutistas* de Fernando VII y de los estratos sociales conservadores que le sustentaron en el trono durante la mayor parte de su reinado, lo que trasciende de la obra de Artola es el desgarramiento que la sociedad española experimenta desde los comienzos del siglo y que no finalizaría con el desdichado reinado del monarca borbónico. El enfrentamiento fratricida, reflejo de la incapacidad de diálogo entre los sectores enfrentados, condicionaría el surgimiento de la lucha armada primero, y más tarde de la represión del bando vencido, ya fuera en forma de desplazamientos forzados o de asesinatos, como base de la

violenta sucesión que entre liberales y absolutistas se produjo a lo largo de las primeras décadas de la centuria.

El segundo de los atractivos está en relación directa con la notable capacidad de Miguel Artola para historiar el pasado español. Por encima de todo destacan su estilo literario, que invita a la lectura de la obra a pesar de su extensión, y una sobresaliente utilización de las fuentes documentales. Así, el autor, basado en las memorias escritas por los contemporáneos o en la correspondencia mantenida por los más destacados protagonistas (ya fueran españoles o extranjeros), así como en los documentos oficiales de la administración real o en los ensayos publicados durante el período histórico, irá repasando las distintas fases en las que puede ser dividido el primer tercio del siglo XIX. De hecho, el trabajo está estructurado cronológicamente. Comienza con el análisis de la primera fase del reinado de Fernando VII, su abdicación y el vacío institucional que ésta determina, a lo que Artola se refiere como la *quiebra del Antiguo Régimen*. A continuación incluye un extenso relato de las campañas emprendidas por uno y otro bando en la *Guerra de la Independencia*. Le sigue un análisis del reinado de José Bonaparte, deteniéndose en la descripción de los *afrancesados* que participaron en su gobierno, así como en la acción de gobierno y en las relaciones del rey con su hermano. Más tarde analiza el proceso revolucionario que culminaría en la convocatoria de Cortes y redacción de la constitución de Cadiz, así como el contenido de esta última. En la última parte de la obra se incluye el estudio del golpe de Estado que llevó al reestablecimiento del absolutismo, el llamado *trienio constitucional*, y por fin, la vuelta al trono de Fernando VII y la denominada *década absolutista*.

*Juan Carlos Sola-Corbacho*

**Sebastian Balfour: *The End of the Spanish Empire 1898-1923*. Oxford: Clarendon Press 1997. 269 páginas. [*El fin del Imperio Español (1898-1923)*. Barcelona: Crítica 1997. 267 páginas.]**

**Sebastian Balfour / Paul Preston (eds.): *Spain and the Great Powers in the Twentieth Century*. London / New York: Routledge 1999. 274 páginas.**

The peaceful *transición* in the late 1970s started a process which fundamentally changed Spain's position in the international arena. Just fifteen years ago, one could not have imagined that Spain would have assumed leading posts in international organizations and become a stable factor and driving force in the development of the European integration process. Spain's success over the last two decades is a source of justified pride to the Spanish people and at the same time, it challenges traditional views on the country's past. Questions about Spain's international role in the 20th century, which are intimately linked with reflections on the allegedly singular Spanish modernization process, have recently aroused special scholarly interest and attention.

The excellent monograph of Sebastian Balfour has appeared at just the right time to stimulate the debate surrounding the centennial of the Spanish-American War. In a masterful way, this book blends together social and political history. Whereas historians usually consider the Disaster of 1898 as the final step in the decline of the Spanish empire, Balfour takes it as the starting point to highlight the internal development of the Spanish regime until 1923 (the term *Spanish Empire* in the title is somewhat misleading). He clearly emphasizes the unique importance of the events of 1898, but by contextualizing them in a broader framework of social and

political structures, Balfour reduces the historical significance of the Disaster itself. His overall thesis is that a dual crisis characterized the 25 years following the war with the United States: a crisis of legitimacy of the state, initiated by the Disaster, and a crisis of modernization, what had already emerged in the decades before the war, but which was reinforced by the inability of the Restoration governments to initiate the necessary social and political reforms.

Balfour starts his book with an excellent synthesis of the causes of the colonial wars in Cuba and the main features of the confrontation with the United States. Despite strong immediate reactions and severe consequences for Spanish society and self-understanding, the Restoration regime rather easily survived the Disaster – due to the “absence of any alternative” and the “weakness of the anti-dynastic opposition”, as Balfour explains. But while elsewhere in Europe the nation-state had become consolidated, in Spain it was increasingly weakened by what the author calls “centrifugal forces”: the regenerationism of the middle classes, the mass social protests, the growing catalanism centered in Barcelona and the authoritarian activities of the traumatized and unreformed military. The strengthening of these forces was partly the result of the Disaster, but more importantly it was “the consequence of the unevenness of modernization”. By dedicating a chapter to each of these centrifugal forces, Balfour gains a very useful tool to explore Spanish political and social life in the first decade of the twentieth century from different angles.

Efforts from the Restoration regime to contain the growing pressure from the various protest movements were largely unsuccessful. Most important was Antonio Maura's attempt to modernize Spain's political system. But according to Balfour,

his reform program was destined to fail: "On his ship named the Revolution from above, there was room only for those who accepted the ideological framework of the Restoration." (p. 203) Further ahead, the effects and implications of the First World War added decisively to the internal pressure and converted the crisis of legitimacy into a deep crisis of the state. Finally, the military disaster in Morocco in 1921 destroyed the remaining prestige of the dynastic parties. Fearful of the power of a radicalized working class, the middle classes and conservatives sought an authoritarian solution that the dictatorship of Primo de Rivera seemed to provide.

In a lucid epilogue, Balfour returns to his initial point of reference, the events of 1898. He maintains that both Primo and Franco supported their rule by creating an imperial myth that denounced the Disaster as a victory of "unspanish" forces in the country. The use of this "organizing myth", the author claims, ended only in the decisive phase of modernization of the 1970s and 1980s.

There is no doubt that these decades were decisive ones for the country as a whole, in regaining its reputation and sovereignty in the international arena. But it took a long way to reach this point, as the volume *Spain and the Great Powers in the Twentieth Century*, edited by S. Balfour and P. Preston, shows. For most of the last century, "Spain was a mere shadow of her former imperial and international self, (...) and mostly lived on the tolerance of the Great Powers and on the periphery of their concerns and confrontations." (D. Smyth, p. 185)

Eleven authors examine the relationship between Spain and the (Western) Great Powers from the end of the 19<sup>th</sup> century to the End of the Cold War, with a strong emphasis on the two decades bracketing the Spanish Civil War, World War

Two and the emerging Cold War. Each of these writers has already published much larger studies on their topic, but in these contributions they offer highly instructive summaries of the current state of research. S. Balfour shows how Spain's concern for national security at the beginning of the century led her to accept a role as an appendage to the Anglo-French entente, F. Romero highlights the bitter consequences of the fact that it was beyond Spanish power to prevent the First World War from entering the country, and I. Saz examines both the contradictory prestige policy of Primo de Rivera and the promising initiatives of the Second Republic to ensure Spanish cooperation in international organizations.

For his part, E. Moradiellos adds new evidence to the thesis that the British policy of appeasement constituted a "benevolent neutrality towards the insurgent faction" and, in the end, sacrificed the Spanish Republic. Dealing with the German policy towards Spain from 1936 to 1945, C. Leitz emphasizes the dominant interest of the Third Reich to ensure the continued supply of Spanish raw materials that were vital for German war effort. In his lengthy article, P. Preston reconstructs the diplomatic and military actions of Italy during the Spanish Civil War and concludes that the tremendous costs of the Italian commitment reduced the fascist triumph over communism and the Western democracies into a "hollow victory" for Mussolini. D. Smyth reexamines the relationship between Franco and the Allies from 1940 to 1943 and maintains that it was Britain "which came closest to pushing Spain into the war alongside Hitler". But Franco abstained from entering the war, Smyth argues, only because Hitler's Germany was not ready to accept his territorial claims in North Africa.

It is a general characteristic of these essays that they minimize Franco's in-

fluence on international affairs while underlining the higher motives of the Great Powers in their policies towards Spain. In this sense, Spain was clearly a beneficiary of the Cold War, because after 1945 the Western democracies put much more effort into the containment of communism than to the fight against fascism. This refers to Britain, as F. Portero shows, but above all to the United States, as B. Liedtke's contribution about the American policy towards Spain from 1945 to 1975 clearly demonstrates. Finally, historian and ex-diplomat A. Viñas describes how Spanish foreign policy during the transition years succeeded in "breaking the shackles of the past". While for decades Spain was seen as an object of Great Power policy, the democratic regime converted the country into an active player on the international stage, ready to implement its own policies within the framework of the European Union and NATO.

Despite the fact that all of these essays remain largely untouched by recent debates about the concepts of international history, the volume edited by Balfour and Preston is of outstanding value. It contains rather traditional diplomatic history, but it is traditional historiography at its best.

*Markus M. Hugo*

**José Luis García Delgado / Juan Carlos Jiménez: *Un siglo de España. La economía*. Madrid / Barcelona: Marcial Pons 1999. 219 páginas.**

El estudio de José L. García Delgado y Juan C. Jiménez sobre la economía española en el siglo XX es parte de un proyecto más amplio –*Un siglo de España*–, que se completa con los trabajos de Juan P. Fusi y Santos Juliá sobre *La cultura y la Políti-*

*ca y sociedad* respectivamente. Como obra de conjunto, el libro responde a unas pautas que no han sido definidas únicamente por sus autores y tampoco por el objeto específico de análisis, sino con respecto a un plan de mayor envergadura. Por esa razón, la obra puede ser definida como un ensayo de interpretación didáctica, destinada a un lector con amplia y variada formación, universitario, o simplemente interesado en los problemas de la historia española reciente; informado, pero no necesariamente especializado. Y lo que dicho lector se encuentra es una exposición del desarrollo económico del país intencionadamente sucinta y parcial, puesto que se plantea como objetivos *a priori* ser breve e incentivar a la lectura de los otros dos volúmenes de la serie.

García Delgado y Jiménez materializan con encomiable oficio su labor. La obra combina con indudable maestría exposición e interpretación. Siguiendo las conclusiones de historiografía sobre el tema de las últimas décadas, los autores entienden que un crecimiento con problemas de convergencia respecto a los países más avanzados ha caracterizado la evolución de la economía española en el siglo XX. Piensan, también, que se puede constatar a lo largo de esa centuria lo que ellos llaman una "agenda europea"; es decir, un programa de modernización cuyo objetivo fue igualar los niveles de desarrollo de la nación con los de sus vecinos. Un programa perfectamente definido en el pensamiento hispano y cuya definición más precisa se halla en la obra de José Ortega y Gasset y, en general, en la denominada Generación de 1914.

La citada "agenda europea" puede definirse como un proyecto de modernización educativa y de las infraestructuras, y de industrialización en el sentido de superar la dependencia económica del país respecto a los ciclos agrarios. *Un siglo de*

*España. La economía*, analiza la evolución de esas variables con un orden cronológico. Tras un acápite introductorio inicial en el que se sientan las bases de lo que será la obra, el libro se divide en 4 partes. El capítulo 1 está dedicado al reinado de Alfonso XIII; en palabras de los autores, “un período de modernización bajo el signo del nacionalismo económico” en el que, partiendo de un moderado crecimiento y un fuerte dualismo estructural en los albores de la centuria, se consiguió estar “algo más cerca de Europa”.

En el capítulo 2, García Delgado y Jiménez examinan los años de la Segunda República y de la Guerra Civil (1934-1939); de “las esperanzas frustradas” –dicen– y el “dramático salto atrás” que representó el conflicto. En el capítulo 3, estudian el período franquista, que dividen en tres etapas: un primer momento, marcado por las dificultades que acarreo la posguerra y la autarquía impuesta por los vencedores de 1939, culminó en una fase de transición durante la década de 1950, tras la cual se inició un fuerte crecimiento que no cesó hasta la crisis del petróleo. Dicho crecimiento, sin embargo, se acompañó de un considerable atraso institucional, de autoritarismo e intervencionismo, lo que permite concluir que la dictadura de Franco llevó al país “del estancamiento al desarrollo”, pero también dejó una “herencia ambivalente”.

El capítulo 4 analiza los años posteriores a la muerte del dictador; la transición y la democracia, fase determinada en su origen por la mencionada crisis del petróleo y durante la cual se produjo la definitiva sincronización de la economía española y la europea, entre otras cosas, gracias a la integración del país en la UE y, posteriormente, en la moneda única. El apartado termina con una reflexión acerca de “El ciclo del cambio de siglo. Cultura de la estabilidad ante el reto del euro”, tras el cual

se inicia un epílogo en el que se expone con detalle la tesis central del libro.

“La cumplida agenda de la modernización”, dicen García Delgado y Jiménez, no ha solucionado todos los problemas de la economía española. Para los autores, fuertes tasas de desempleo, muy superiores a la media europea y que solo han comenzado a mejorar gracias a la reducción del crecimiento de la población; desigualdades sociales, muy reducidas respecto al pasado, pero aún evidentes y agravadas por el problema anterior, e importantes desequilibrios territoriales que, además, son esencialmente los mismos de principios de siglo, son los retos principales que el país debe resolver en el futuro.

En nuestra opinión, las conclusiones del libro son demasiado optimistas y adolecen de cierta omnisciencia. Por un lado, a pesar de los logros en formación de capital social y humano y en competitividad, todavía es muy grande la brecha que separa a España de los países más avanzados de Europa, y los autores exageran algo los logros en materia de convergencia. Por otro lado, es evidente que hay un pensamiento y hasta una obsesión europeísta española a lo largo del siglo xx y que su programa acaba imponiéndose al concluir la centuria, pero también lo es que ésta no fue la única opción posible esos cien años, que, además, se caracterizaron por una enconada y muchas veces sangrienta lucha entre los defensores de tales posturas y aquellos otros que, bien por razones ideológicas, bien para preservar sus intereses, antepusieron estos últimos a cualquier plan de modernización. Algo menos de tales pecados o, lo que es igual, un poco más de discusión en el desarrollo de la idea central de la obra, además de una bibliografía más extensa es quizás lo único que se echa en falta en *Un siglo de España. La economía*; sin duda, un buen libro de historia.

*Antonio Santamaría García*

**Juan Pablo Fusi: *Un siglo de España. La cultura*. Madrid / Barcelona: Marcial Pons 1999. 228 páginas.**

Es evidente que la cultura española de fines del segundo milenio, comparándola con la situación hace solo treinta años, está completamente integrada en la cultura europea. Bajo el título *Un siglo de España* la editorial Marcial Pons acaba de publicar tres volúmenes sobre la España actual que presentan un país moderno y europeo. Preceden al volumen aquí reseñado una obra de Santos Juliá sobre aspectos políticos y sociales y otra de García Delgado y Jiménez acerca de la economía. La trilogía queda completada por el trabajo de Juan Pablo Fusi, catedrático de historia contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid y autor de importantes monografías sobre el franquismo y el País Vasco. Su condición de director de la Biblioteca Nacional durante una etapa del gobierno del PSOE le facilita aún más una amplia visión del panorama cultural de la España actual.

El libro, que debe ser leído más bien como una historia de la cultura española en el siglo xx, destaca la clásica problemática de la relación entre España y Europa bajo el signo de la modernización y hace hincapié en el tema de las culturas periféricas, como son la gallega, la catalana y la vasca. Más allá de eso, el autor no define su concepto cultural, pero se orienta hacia las teorías del imprescindible Ortega y Gasset. Y dentro de esta herencia, trata desde las ciencias y sus progresos en la investigación universitaria hasta la "fiesta nacional" y el fútbol. Los cambios culturales a lo largo de un siglo son abordados a través del estudio de fuentes diversas, como las cifras de alfabetización, las estadísticas sobre espectadores de cine y teatro o la evolución de la historiografía (quizá excesivamente tratada) y

de otras disciplinas universitarias. Estos cambios, analizados con especial interés en torno a años clave como 1898, 1914, 1931, 1936, 1975 y 1986, constituyen el eje temático del libro.

Desde el modernismo y el regeneracionismo del fin de siglo pasado, Fusi se niega a proporcionarnos una visión tópica y convencional de la idiosincrasia nacional y se centra más bien en los grandes temas universales: la europeización, la vanguardia y la modernidad de España. Llegando a la Segunda República no estoy de acuerdo con situar el inicio de la politización de los intelectuales españoles en este periodo (pp. 88 y ss.), cuando el fenómeno ya se deja entrever desde la generación del 98. Los intelectuales cobraron importancia a un nivel político durante la Semana Trágica con sus críticas a la ejecución de Ferrer en Barcelona y sobre todo en el contexto de las discusiones entre germanófilos y francófilos durante la Primera Guerra Mundial. Este acontecimiento político-cultural de alta relevancia en el contexto del inicio del movimiento intelectual español del siglo xx, y comparable al *affaire Dreyfus* en Francia, raras veces se toma en consideración. Fusi tampoco le concede importancia.

Experto en la era franquista (recordemos que publicó en 1985 la ya clásica monografía *Franco. Autoritarismo y poder personal*), Fusi dedica el capítulo más amplio del libro a este periodo por la multitud de conflictos que entre 1939 y 1975 se produjeron. Además, durante la dictadura franquista la cultura sirvió de instrumento esencial para la futura democratización del país, puesto que a nivel cultural muchos artistas e intelectuales consiguieron escapar de las exigencias del régimen y defender la otra España. Convince en este capítulo la difícil labor, en la tradición de López Aranguren, de realzar las diferencias de los distintos niveles culturales:

la cultura oficial (falangista y después católica), la cultura establecida (liberal) y la cultura crítica (regional o radical). Solo de esta manera se puede entender el papel del recién fallecido Antonio Buero Vallejo o del filósofo y alumno de Ortega, Julián Marías, quienes no se exiliaron, pero tampoco pueden ser considerados representantes del régimen.

De forma concisa Fusi consigue explicar que la función de la cultura de masas (fútbol, toros, literatura de quiosco, cine, radio, etc.) durante la dictadura era la evasión. Quizá habría resultado interesante incidir más en la cultura española del exilio por el papel que ésta desempeñó como garante de la continuidad democrática desde principios del siglo hasta la transición. En el mismo contexto nos habría gustado saber más sobre la problemática de la emigración interior o sobre el papel de la *nova cançó catalana* como manifestación de resistencia al Franquismo. Falta, según nuestra opinión, ejemplos para explicar los movimientos culturales que llevan de la dictadura a la transición. Una buena ocasión habría sido no solamente mencionar (p. 129), sino también explicar, el impacto del *Equipo crónica* o de Eduardo Arroyo, que a través de sus pinturas consiguieron construir un puente entre tradición y modernidad. Insuficiente es la información que Fusi nos proporciona sobre las subculturas posfranquistas (menciona en varias ocasiones la movida madrileña e incluso hace referencia al movimiento gay, indicador de las nuevas libertades después de la dictadura), lo que resulta comprensible por el alto concepto que tiene de la cultura: su trivialización, convertida en moda, acto social y espectáculo significa para él “una desvalorización de la verdadera cultura, por la aceptación acrítica y desjerarquizada de cualquier tipo de producto pseudocultural” (p. 189).

Claro está que no se puede abarcar todo en un libro, ni siquiera de 200 páginas de texto principal. El índice onomástico incluye unas 1500 entradas mencionadas a lo largo del trabajo. He aquí la mayor objeción crítica: La cultura no es una yuxtaposición de nombres. En demasiados pasajes el estudio de Fusi se limita a una enumeración de más o menos importantes personalidades de la cultura española del siglo XX, y eso a costa de un mayor desarrollo temático. Por ejemplo en las páginas 160 y ss. se nos facilitan abundantes informaciones sobre las novelas que se publicaron durante la transición, pero desgraciadamente Fusi no abandona en ningún momento la enumeración para explicarnos alguna de ellas. Menciona una cantidad impresionante de representantes de la cultura española, pero ignoramos los criterios de su selección. ¿Por qué considera al joven escritor Javier Marías tan imprescindible que incluso incorpora la aparición de su novela *Corazón tan blanco* en la cronología cultural del apéndice del estudio? Eso fue en 1992, y el libro aparece citado junto a eventos de la trascendencia internacional de la Exposición Universal de Sevilla o los Juegos Olímpicos de Barcelona. Quizá tiene que ver esta selección con el interés ante una novela que tuvo más éxito de ventas en el extranjero, en Europa, que en la misma España. Y las obras de Luis Magrinyá (p. 189), ¿son dignas de entrar en un libro tan breve? Recordamos la crítica entusiasta de un libro llamado *Los aéreos* en el *Babelia*, suplemento cultural de *El País*, del 23 de octubre de 1993. Ni esta primera recopilación de cuentos ni la segunda de Magrinyá, *Belinda y el monstruo* (1995), dejaron huella, y da la impresión de que Fusi se fía demasiado de las reseñas del suplemento del más importante periódico de la democracia.

¿Por qué menciona al ciertamente meritorio filólogo García Gual como erudito



y olvida al no menos importante Lázaro Carreter? Quizá porque el primero también escribe como crítico en el *Babelia* y al último, hasta hace muy poco, le identificamos más bien con la prensa conservadora, el *ABC*. ¿Y con qué derecho habla de Martín de Riquer como mejor romanista español (p. 176), cuando en las universidades españolas tenemos otros representantes de la disciplina, desde Francisco Rico, pasando por Pedro Cátedra y Carlos Alvar, hasta el emérito Zamora Vicente, que merecen esta *laudatio*?

La tesis de Fusi y su esfuerzo de integrar España en la Europa global se sostiene perfectamente, aunque teniendo en cuenta que Europa busca precisamente lo contrario: algo diferente en las películas de Almodóvar o en la *Carmen* o *El amor brujo* de Carlos Saura. Sin embargo, un libro sobre una cultura nacional dentro de una nación plural tiene que destacar los factores diferenciadores entre las distintas regiones y frente a otros países. En este sentido, hay que decirlo, el libro tampoco satisface plenamente. ¿Por qué? Pues la tendencia de defender la tesis de la España posfranquista “digna” de Europa tiene como consecuencia una visión reducida del país y de sus culturas. La “fiesta nacional” tiene quizá una mayor relevancia en la vida cotidiana de España de lo que el autor acepta. Sobre el flamenco y otros elementos artísticos procedentes del mundo de los gitanos apenas habla. La influencia árabe, una de las constantes más extraordinarias de la cultura española, se menciona en pocas ocasiones. Y por otro lado la importancia del catolicismo desde el comienzo de la Edad Moderna sigue teniendo más consecuencias en la vida social de las que Fusi quiere admitir. La interesante mezcla entre tradición y progreso de la España actual produce más que en otros países un arte medio blasfémico medio anticonvencional, tal y como

se observa, por ejemplo, en el teatro de Francisco Nieva o en las películas de Pedro Almodóvar. Solo hay que acordarse del agradecimiento en forma de invocación a la Virgen que este último dio en Hollywood con ocasión de la entrega del Oscar por su película *Todo sobre mi madre*.

Poco hay que objetar a los aspectos formales del libro. Se añade un índice de nombres propios, una exhaustiva y a la vez bien seleccionada bibliografía (donde echamos de menos, por ejemplo, la biografía sobre Franco de Vázquez Montalbán) y una cronología (donde quizá se debería haber incorporado la apertura del IVAM de Valencia, ya que se menciona en el mismo año 1986 la inauguración del Centro de Arte Reina Sofía en Madrid). Errores como la confusión en la página 18 en cuanto a la publicación de *En torno al casticismo*, de Unamuno, que no fue publicado en 1902 sino en 1895 (correcto en la página 23) o el nombre la revista gallega *Nos*, que en la página 47 se escribe con acento, son poco frecuentes y no tienen mayor importancia.

Más allá de nuestras críticas, el libro no solamente es útil para la orientación en la cultura española del siglo XX, sino que se sale de los conocidos estudios sobre España, puesto que parte de la suposición de que la cultura de un país lo es por entero “no solamente cuando es capaz de reflejar acentos propios, sino también cuando permanece [...] en el interior de una situación dinámica al enfrentarse con el conocimiento de lo universal” (Antonio Saura). En este sentido, *Un siglo de España. La cultura* demuestra de una forma acertada cómo el marco social e institucional facilita las condiciones en las que se debe desarrollar y mover toda actividad intelectual y artística.

Arno Gimber

**Antonio Elorza / Marta Bizcarrondo: *Queridos Camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*. Barcelona: Editorial Planeta 1999. 532 páginas.**

Two distinguished scholars of Spanish political history are the authors of this monograph on the link between the Communist World Movement, organisationally incorporated in the Third International between 1919 and 1943, and its Spanish section, the *Partido Comunista Español* (PCE). Antonio Elorza and Marta Bizcarrondo have drawn upon the archives of this international organisation opened up at the beginning of the 1990s. They have used the reports and minutes of the different levels of the Communist International's decision-making bodies, such as the Presidium and the Secretariat of its Executive Committee. In the future certainly it will be the basic requirement for works on the international Communist movement to use these archival sources, but up till date the number of such works is rather limited.

The author of these lines can say by his own experience that Elorza and Bizcarrondo have looked very closely at the archival sources. But in spite of the title, the book is rather a history of the Spanish Communist Party based on Comintern material than a history of the Third International's involvement with Spain. The focus of the book is Madrid, not Moscow.

Using original documents they describe the foundation of the minuscule Communist Party by the three-headed Comintern delegation during the year 1919. The Spanish Communist Party could therefore not be considered to be a native political movement. Though small and disturbed by internal conflict and external repression the Party remained in existence during the 1920s.

With the beginning 1930s and Stalin's growing influence the party got subject to a purge by the Comintern leadership leading to the dismissal of its Secretary-General, Bullejos, who was replaced by the well-known José Díaz, to remain on this position till the start of the exile and to find his death on the periphery of the Soviet Union. Starting with this, the Spanish party was now to be lead by the Argentine "advisor", Vittorio Codovilla, who would accompany the party until the end of the 1930s and who, mysteriously enough, would not be replaced in spite of the harsh criticism by the Comintern leadership: "La supervivencia de Codovilla en el puesto clave de Madrid [...] resulta difícil de explicar, si bien puede pensarse que no había muchas piezas de recambio." (p. 320) Indeed, it is hard to explain, but the lack of qualified replacement was no argument inside the diplomatic corps either.

Nearly half of the book deals with the Communist Party's activities during the Spanish Civil War, 1936-1939, reducing the first part of the book to a mere prologue to the war. They resort to the decision-making process within the party apparatus and sometimes shift to Moscow, while ignoring the Comintern's internal conflicts. They hardly ever mention the Terror and do not relate the consequences of this process to the policies of the Communists in Spain, except for the hunt for Trotskyists, which they interpret in a rather traditional way as an attempt to destroy any opposition to their own course.

Elorza and Bizcarrondo deserve respect for their correction of the idea that a Communist plot was successful when Largo Caballero was replaced as Prime Minister in May 1937: "[...] en contra de la creencia más difundida, Stalin estima a Largo Caballero y no desea su eliminación política." (p. 341) To say, that Stalin ap-

preciated Largo Caballero would go to far however. There exist other sources indicating the contrary.

The book lacks however an account of other Communist activities related to the Civil War. It also ignores the International Brigades and the decision-making process in Moscow related to them as well as the Comintern's worldwide solidarity campaign. It does not include any analysis of the broad discussion in the Soviet and international Communist journals such as *Bolshevik* or the *Communist International* on the Popular Front strategy or the perspectives of a Spanish revolution, starting from 1934 onwards, defining the theoretical framework of Communist policies during the late 1930s. Thus it is worthwhile to read the book as a well-researched and well-written book on the PCE rather than on the Comintern's occupation with Spanish politics.

*Frank Schauff*

**Luis María Sandoval: *José Antonio visto a derechas*. Madrid: Actas Editorial (Col. El estado de la cuestión, 1) 1998. 159 páginas.**

El librito de Luis María Sandoval es un texto curioso. Carece de valor para el historiador o para el interesado que quiera formarse una idea fiable sobre uno de los fundadores del fascismo español y santón del régimen franquista. Puede resultar provechoso, sin embargo, para los que se interesen por la visión historiográfica del tradicionalismo actual.

El "tradicionalista", es decir, carlista, Luis María Sandoval proclama analizar el pensamiento joseantoniano "desde la proximidad y simpatía de principios". Lo que recupera, no obstante, no es la imagen del

líder fascista que se pueda configurar basándose en las fuentes y en la investigación sobre el tema disponibles. Evoca más bien el aura sostenida por el régimen franquista. El autor se dedica al "ausente" y no a la figura histórica. No es un análisis de este mito, sino otra versión del mismo.

Como tal, el libro rebosa de contradicciones y falsedades. Intenta eximir a José Antonio Primo de Rivera de la culpa ideológica y política del auge de la violencia en la España de los años treinta. A la vez, el mayor mérito de la Falange, siempre según Sandoval, es el de haber contribuido decisivamente al levantamiento del 36, en sus palabras "la cruzada del siglo XX". Atribuye al líder fascista un "catolicismo político", cuando todos los historiadores están de acuerdo que éste se hallaba en otra parte durante la Segunda República.

*Manfred Böcker*

**Ángel Bahamonde Magro / Javier Cervera Gil: *Así terminó la Guerra de España*. Madrid: Marcial Pons 1999. 529 páginas.**

Aunque los historiadores pretendemos buscar el pasado en toda su dimensión, es evidente que hay algunos hechos o momentos que ya en el instante en que tienen lugar se convierten de por sí en *históricos*. El final de cualquier conflicto armado, sea en el país que sea, se transforma en un punto nodal, aunque las circunstancias que lo provoquen procedan de los hechos anteriores. La entrega de Madrid por las tropas de Casado al ejército de Franco, es el punto en el que todas las obras sobre el período reflejan como el final, la degeneración de un sistema político como el republicano, finalmente repudiado y abandonado por todos.

Tras la llegada a Vinaroz de los *nacionales* en los primeros meses de 1938, Negrín sufre la época de mayor cuestionamiento de la estrategia de ‘Resistir es vencer’. Aunque la frase evidenciaba un total compromiso con el futuro del régimen democrático, también reflejaba una esperanza de mayor apoyo internacional que desnivelara una balanza del conflicto hasta el momento con resultado negativo.

Posiblemente fuera la II República, y luego la Guerra Civil, uno de los periodos de la Historia Contemporánea de España más dependientes de la política internacional, cuestión que si bien no se puede comparar con estos días de globalización, se reflejaba de aquella en buena parte de los países europeos. Por estas fechas, la Guerra Civil Española llegó a convertirse en una situación molesta, en un compromiso tácito que estorbaba, convertida en una amenaza para el difícil mantenimiento de la paz en el continente europeo.

Gran Bretaña funcionó como el país-referencia en la toma de decisiones sobre la guerra española, con una Francia que veía el conflicto a sus puertas pero que no tenía una capacidad autónoma de actuación. El mal llamado ‘Acuerdo de No Intervención’ no fue más que un conjunto de declaraciones temerosas y cautivas de las reacciones de las potencias fascistas. Dentro de este mosaico internacional, a los británicos les resultaba más conveniente una neutral España Nacional, que una alianza España Republicana.

Pero quizás una de las cuestiones más determinantes del conflicto, y esta obra así lo apunta de manera reiterada, pudo ser una actitud personal: la *inflexibilidad* de Francisco Franco en cuanto a no mantener ningún tipo de comunicación con el enemigo. Burgos se encontraba bien informada de lo que sucedía en la España republicana, mediante el establecimiento de una red militar de espionaje, y con el cuidado

de mantener relaciones exteriores, con delegados no oficiales pero que jugaron el papel de ‘comodines’ hasta el reconocimiento británico de la España Nacional. La consigna de *mando único* se convirtió en algo más que un elemento de propaganda, y resultó muy efectiva.

Tras la derrota de Cataluña y la ocupación de Barcelona la sensación en Madrid era inconscientemente la de creer que el Ejército Nacional respetaría a los militares madrileños del Ejército Popular. Las concesiones que supuestamente habían hecho difundir los miembros de la Quinta Columna, de la *ciudad clandestina*, habían hecho olvidar irreflexivamente el aparato legislativo creado por el nuevo régimen, sobre todo la Ley de Responsabilidades Políticas, que remitía a actividades de este carácter posteriores a octubre de 1934, cinco años antes.

La obtención de la paz a través de negociación fue una circunstancia buscada por todos en estos últimos meses –Azaña, nacionalistas vascos y catalanes, Casado, etcétera–. El golpe de Estado llevado a cabo por éste coincidía con la intención de Franco de tratar la rendición incondicional del régimen con militares y no con políticos. Franco apoyó conscientemente el golpe de Casado: en los días clave del golpe, el Ejército Nacional realizó una pequeña maniobra para descongestionar la presión de los cuerpos militares comunistas que se resistían. La connivencia entre Casado y Franco, la conjunción de intereses de ambos militares en estos momentos, fue absoluta, y no fue realizada de manera precipitada, sino que se construyó en un proceso que duró varios meses de contactos.

Esta es una obra rigurosa y minuciosa, llevada en su meticulosidad prácticamente hasta el extremo: no queda casi ningún rincón de aquellos momentos que no fuera abordado, con importante aportación de documentación de archivos españoles y

extranjeros, fundamentalmente británicos y franceses. Destacar de manera especial la segunda parte referida a la preparación del golpe y la rendición de Casado, con la utilización combinada de fuentes de los dos bandos, lo que prueba la existencia de esas dos *ciudades*, de esos dos *mundos* en el Madrid de la guerra. Una obra básica, necesaria y fundamental para entender ciertos hechos de nuestra historia contemporánea, convertida ya en texto de referencia para el estudio de esta etapa.

*Emilio Grandío Seoane*

**Glicerio Sánchez Recio (ed.): *El primer franquismo (1936-1959)*. Madrid: Marcial Pons (*AYER*, 33) 1999. 218 páginas.**

El número 33 de la revista *AYER* está dedicado al, cada vez más atendido historiográficamente, periodo del primer franquismo, sobre el que ofrece un balance global. Se inicia con una aportación del editor dedicada a las “Líneas de investigación y debate historiográfico” y continúa con los artículos de Joan M<sup>a</sup> Thomàs i Andreu sobre “La configuración del franquismo. El partido y las instituciones”, de M<sup>a</sup> Encarna Nicolás Marín sobre “Los poderes locales y la consolidación de la dictadura franquista”, de Roque Moreno Fonseret “El régimen y la sociedad. Grupos de presión y concreción de intereses”, de Conxita Mir Curcó “Violencia política, coacción legal y oposición interior”, de Francisco Sevillano Calero “Cultura, propaganda y opinión en el primer franquismo”, de José Sánchez Jiménez “La jerarquía eclesiástica y el Estado franquista: las prestaciones mutuas” y de Florentino Portero Rodríguez y Rosa Pardo “Las relaciones exteriores como factor condicionante del franquismo”.

El editor, en cuanto responsable de la selección de los temas pertinentes y de los colaboradores adecuados, ha marcado la composición de este número a partir de la importancia que otorga al “primer franquismo” como concepto historiográfico operativo para la investigación. Desde luego que para él lo es en buena medida, y éste es el resultado de su apuesta. Pero no deja de ser sintomático que, por una parte, con este concepto pretenda dar cuenta de “la trayectoria histórica de la *formación social* española” y, por otra, circunscriba toda ésta a otro término de menor ámbito y alcance como es el de “régimen franquista”. De este modo, un concepto como el de “primer franquismo”, que evoca la totalidad social, queda así equiparado al de régimen político, de alcance mucho más restringido, con lo que se ha producido en la elección de los temas un escoramiento hacia lo político, lo institucional, el Estado, las relaciones diplomáticas, etc., en detrimento de una aproximación más social, no solo del régimen franquista, sino de ese conjunto social históricamente determinado que fue la sociedad española durante las dos décadas siguientes a la derrota militar de la República.

Tampoco resulta muy clarificadora la clasificación propuesta por Sánchez Recio de las “líneas de investigación” a partir de las cuales han abordado los investigadores el estudio del periodo, pues las líneas teóricas-fuerza a las que se hace referencia, “historicismo-neonarrativismo”, “funcionalistas y sistémicos” y seguidores del uso del concepto “fascismo”, son entendidas de una forma muy descriptiva, poco clara y, en ocasiones, falta de sensatez, como es la de incluir toda biografía sobre Franco por el mero hecho de ser biografía (esto es, las escritas por Preston, Tusell, Payne o Suárez y De la Cierva, pongamos por caso), en la línea de investigación surgida de la “vieja tradición del historicismo”.

Salvados estos obstáculos y observando con detalle las aportaciones del resto de autores encontramos, siguiendo el ya mencionado orden de los artículos, suficientes cuestiones de interés que realzan este número de *AYER* conforme se avanza en su lectura: un detallado y útil repaso al proceso de institucionalización lento y deslabazado del régimen franquista, acompañado de la bibliografía disponible sobre el tema. Una apuesta, firme y sugerente al mismo tiempo, por seguir investigando temas de ámbito local poco tratados todavía por los historiadores, que den claridad sobre las conexiones y trabazón de los distintos poderes locales, su continuidad o quiebra, el control ejercido sobre la población y cómo fue percibida por ésta, el despliegue de los viejos poderes locales, religiosos, económicos, y su ensamblaje en la dictadura. La interesante argumentación y conclusión acerca de la intensificación de la política de intereses durante el primer franquismo, estableciendo una fructífera interrelación entre los grupos económicos de presión y la nueva elite política, plasmada en los favores conseguidos e intercambiados o pagados con el acceso a los consejos de administración de empresas. El impacto y extensión de la represión política, que aun contando ya con numerosos estudios generales y locales, conviene retomar todavía en el aspecto que Conxita Mir subraya en su aportación: “atender de manera especial los efectos no contables de la represión y de la violencia política” o “democratización del miedo” como instrumentos que sirvieron de soporte del Nuevo Estado. El papel, funcional y complementario al anterior, que desempeñaron los mecanismos propagandísticos y la política laboral y social para encuadrar a la población, en especial la trabajadora, lo que, sin embargo, no lleva necesariamente a pensar en una uniformización o simplicidad de la percep-

ción política del franquismo por la población. Y, por último, los dos estupendos estudios sobre las relaciones recíprocamente provechosas entre la Iglesia católica y la dictadura, con una completa puesta al día de la bibliografía existente al día de la fecha, y el centrado en la política exterior franquista, que muestra fehacientemente la importancia que el tema ha cobrado en la bibliografía sobre el franquismo, tan olvidado, por otra parte, hasta fechas relativamente recientes.

*Emilio Majuelo*

**Manuel Penella: *Dionisio Ridruejo, poeta y político. Relato de una existencia auténtica*. Salamanca: Caja Duero 1999. 371 páginas.**

Dionisio Ridruejo es uno de los personajes públicos del siglo xx español que genera más sordo malestar a izquierda y a derecha. El hombre que, a sus sesenta años, se quejaba de no poder comprar los libros que deseaba leer hubiera podido afrontar la transición a la democracia con una dignidad superior a la de muchos de sus contemporáneos. Extrañado por voluntad propia ante quienes sirvió durante la Guerra Civil y simplemente tolerado por la oposición democrática, tuvo la elegancia de vivir hasta su muerte en 1975 sin abdicar de nada de lo que había ido siendo. Toda una vida que, como acota Manuel Penella acogiéndose a la autoridad de Kierkegaard, es maduración que hizo del esteta falangista que fue aquel castellano viejísimo un hombre de profunda acción ética democrática.

Dionisio Ridruejo fue el único heredero varón de una familia de pastores castellanos convertidos en comerciantes y banqueros regionales a lo largo del siglo

XIX. Habiendo perdido a un hermano, creció bajo la sombra de un padre anciano que falleció cuando él no contaba con más de tres años de edad. Las referencias sobre un padre sosegadamente liberal, la falta de un compañero de juegos íntimo como lo son los hermanos del mismo sexo y la convivencia con una madre profundamente cristiana, sin beatería de ningún tipo, serán las improntas de fondo de la persona y del personaje Dionisio Ridruejo.

El niño de Burgo de Osma, villa soriana donde nació Ridruejo en 1912, se convertirá en un adolescente trashumante de colegio religioso en colegio religioso hasta recalcar en el Real Colegio del Monasterio de El Escorial, sujeto a un régimen vital, docente y religioso no muy distinto del que relatara Manuel Azaña en *El Jardín de los frailes*. Ahí tomó sus primeras armas literarias, aventurándose en su amistad con el escritor y periodista republicano Antoniorrobes, a quien dedicara unas emocionantes frases muchos años después. La rebeldía juvenil pronto se desveló a través del encuentro con el mundo, el demonio y la, poca, carne: la conmoción que la República supuso para los sectores más tradicionales de la sociedad española; la admiración por Curzio Malaparte, oscilando “entre los manifiestos de Marinetti, la visión de *El acorazado Potemkin* y la lectura de Menéndez y Pelayo” que se transformará en una lealtad vital hasta el último de sus días por la persona de José Antonio Primo de Rivera; y, finalmente, las mujeres. La primera novia, la segoviana Cándida, será la musa del libro *Plural*; la liberal estadounidense Eva Fromkes, en cuyo salón y terraza, aparte de ponerse al día en materia literaria y aprender a vivir en una sociedad galante junto a los Lozoya, encontrará a Aurea. Ese es el seudónimo con el que nombrará a la nieta falangista de Antonio Maura, por cuyo amor no sólo compondrá

Dionisio más y mejores poemas, sino que se decidirá a vivir a fondo la peligrosa aventura del poder ya en plena Guerra Civil.

El que en 1938 fuera a sus veintiséis años Jefe Nacional de Propaganda del todopoderoso Ministerio del Interior, Consejero Nacional del Movimiento y miembro de la Junta Política de la España nacional en guerra, había dimitido de todos sus cargos en 1941 cuando se alistó como soldado raso en la División 250 de la Wehrmacht –la División Azul– constituida por voluntarios españoles y encuadrada por oficiales de carrera del Ejército español para combatir en Rusia. Habiendo roto con el régimen franquista a causa de sus firmes convicciones falangistas en 1942, su destierro de Madrid –en el que le acompañó la condesa Von Podevils, su amante– le permite conocer en Cataluña algunas de las claves de la política nazi de boca de corresponsales y colaboradores en Alemania de la revista *Destino*, impulsada por él mismo en sus años de poder de la mano su amigo, Ministro de Asuntos Exteriores y cuñado de Franco, Ramón Serrano Súñer. Firme nacionalista español, constatará a través de esas confidencias el papel subsidiario –ya sospechado por él– reservado a España en el diseño de la Nueva Europa, junto a la inviabilidad de la victoria nazi tras la resistencia británica –país con cuyos mentideros también estaban enlazadas las gentes de *Destino*–, la soviética y la entrada en guerra de los Estados Unidos. Sin embargo, las revelaciones de Llaveneras hubieran tenido menos influencia si la experiencia concreta del combate en Rusia no hubiera supuesto una inmersión en la cruda realidad, muy alejada de los fastos ceremoniales y más acorde con el impacto vital que el ya maduro esteta Ernst Jünger sufrió, mediando la muerte de su hijo –durante la Segunda Guerra Mundial: Ridruejo en Rusia adquirió la “noble carga”

de la responsabilidad por los camaradas muertos, con una clara recuperación del ethos cristiano de su infancia. Los *Cuadernos de Rusia* son la guía de esa percepción.

Todavía en destierro, y tras un período de introspección, en 1947, ante el propio Franco, de quien emanaba la Ley al modo descrito por Carl Schmitt, expondrá un programa de transición a la democracia muy parecido al que en su exilio en Bolivia propugnaba en ese período el general Vicente Rojo, antiguo jefe del Estado Mayor Central del Ejército de la República Española (Jesús Martínez Paricio: *Los papeles del general Rojo*. Madrid: Espasa 1989): asombra cotejar esos programas con los esquemas aplicados treinta años después. Cuando se instale en Roma en 1948 como simple corresponsal de prensa, casado ya con Gloria de Ros y con hijos, obtendrá por primera vez independencia económica y, sobre todo, libertad en el ambiente. A la finalización de la estancia en Italia –donde comprobó cómo podían convivir gentes de muy diversos intereses e ideologías con plenas libertades públicas tras el fin del fascismo– emanó el hombre ético que terminó siendo Dionisio Ridruejo. Siendo ya un liberal aprovechable por el régimen, rehusó contemporizar. Se convirtió –y así lo refleja la biografía de Penella– en un símbolo, situación en la que sigue hasta hoy encerrada su personalidad; como afirmó José Luis L. Aranguren, “los amigos de Ridruejo iban simbólicamente (por favor, no se vea en esta palabra la menor ironía, la estoy tomando en su sentido más profundo), sufrían con él, compadecían su larga enfermedad, tan ejemplarmente soportada, con toda sencillez, sin alardes de estoicismo; se sentían preteridos de la vida pública con él y justificados de su pasividad política, ante la inutilidad de la magnánima actividad de él” (“Testimonio y símbolo democrático de Dionisio

Ridruejo”, en VV.AA.: *De la Falange a la oposición*. Madrid: Taurus 1976, pp. 215-216).

Ridruejo, a lo largo de sus últimos veinticinco años de vida, pagará su compromiso ético democrático con la cárcel y con sucesivos destierros más o menos impuestos directamente por el poder o por la necesidad económica agravada por las continuas multas gubernativas. Pero, también, sufre con la continua desconfianza de los opositores al régimen, muchos de ellos echándole en cara el pasado para, acaso, no tener que reconocer la entereza de Ridruejo. En 1972, declarada la enfermedad coronaria que le mató, contestaba a Ramón Garriga, el viejo informador de Serrano Súñer en Berlín, que le sugería la retirada: “Me gustaría, Ramón, pero yo no puedo hacer eso. Soy una especie de portero, llamado a abrir puertas entre personas incomunicadas. Ahora, precisamente, no puedo abandonar mi papel” (p. 356, n. 21).

Manuel Penella fue, a sus dieciocho años, el último secretario de Dionisio Ridruejo. Cuando ya tiene casi los cincuenta, contando con el apoyo de la familia del interesado y tras numerosas vicisitudes resueltas finalmente por la apuesta editorial de la obra cultural de la entidad de ahorro castellano-leonesa Caja Duero, ha entregado una honda biografía sobre el personaje. Escrita en un castellano claro como ya no es corriente encontrar, la biografía de Ridruejo tiene datos, argumentaciones y comentarios sólidamente apoyados por un aparato de citas conciso y sustancioso. Sus fuentes, distanciando en lo necesario el recuerdo de las confidencias personales del personaje, son las del Archivo y Biblioteca de Dionisio Ridruejo, que Caja Duero con el apoyo del Ministerio de Educación y Cultura español instalará en Burgo de Osma. Si Plutarco, con sus series de *Vidas paralelas*, estableció el modelo



clásico del buen hacer biográfico, es posible encontrar un claro paralelismo entre el Ridruejo explicado por Penella y el Malraux que presentara Jean Lacouture, tanto en el plano de las vidas de los biografados como en el buen hacer de los biógrafos.

*Jorge Aspizua Turrión*

**Birgit Aschmann: “*Treue Freunde...?*” *Westdeutschland und Spanien 1945-1963*. Stuttgart: Steiner (*Historische Mitteilungen im Auftrage der Ranke-Gesellschaft, Beihefte, 34*) 1999. 502 páginas.**

Birgit Aschmann presenta un análisis de las relaciones hispano-alemanas en la posguerra mundial en sus principales ámbitos (diplomático, económico, militar, cultural). El resultado es, en sí, un estudio con una estructura clara, interesante y altamente detallado cuya lectura resulta amena. A pesar de esta impresión positiva, el estudio en cuestión presenta considerables problemas metodológicos.

Por una parte, la autora, en cada uno de los capítulos, se basa casi exclusivamente en fondos documentales de un único archivo. Para el periodo 1945-1949, éste es el archivo de Exteriores de Madrid (cuyos fondos, en el caso presente, hubieran podido ser contrastados con documentación de procedencia británica o norteamericana). Para el periodo posterior, la autora se basa en material alemán (y solo esporádicamente en documentos españoles). Si bien este proceder permite una narración en sí fluida, los problemas metodológicos saltan a la vista, pues la contrastación de material documental de diferente procedencia es elemental para cualquier trabajo de investigación histórica. La

mención que en este contexto la autora hace expresamente de la laboriosa tarea de investigación en el madrileño archivo de Exteriores no es precisamente un argumento convincente. Aparte de esta circunstancia, asombra que a la autora tampoco parece habersele pasado por la cabeza la consulta de otros archivos españoles que albergan fondos de relevancia igualmente central para el tema tratado y que son fácilmente accesibles (como por ejemplo el Archivo General de la Administración).

Otro problema resulta de la aparente falta de conocimientos sobre el estado de la cuestión en la investigación histórica sobre el franquismo. Esta situación es debida a que la autora no solo se basa poco menos que exclusivamente en literatura alemana o anglosajona, sino que además ha trabajado con estudios, tan meritorios como éstos en su día pueden haber sido, hoy en día decididamente superados por los considerables avances logrados en la materia en las últimas dos décadas. De esta forma, la autora no ha tenido en consideración la mayoría de los trabajos básicos de la pluma de la actual generación de investigadores españoles. Esta situación inevitablemente conduce a conclusiones desviadas o incluso erróneas.

Si bien sobre el tema de la obra en cuestión no ha sido investigado de forma exhaustiva, sí existen trabajos parciales en forma de monografías o artículos de revista. La autora, lamentablemente, únicamente ha manejado las más relevantes publicaciones en alemán y no hace mención alguna acerca de la investigación española sobre el tema. Si bien es posible que Aschmann se haya visto incapacitada para hacer averiguaciones sobre los resultados de la investigación en castellano, asombra excepcionalmente que al tratar de aspectos, por así decir, especialmente jugosos (CETME, CEDI), esta autora no

mencione siquiera aquellos estudios (citados por ella misma en otros contextos) que en su día trataron con cierta extensión estas extraordinarias facetas de las relaciones hispano-alemanas de posguerra.

A modo de conclusión queda por constatar que si bien este libro desde el punto de vista de la materia tratada sea interesante, desde un punto de vista científico, tiene que ser calificado como deficiente.

*Carlos Collado Seidel*

**Lidia Falcón: *Memorias políticas (1959-1999)*. Barcelona: Planeta 1999. 267 páginas.**

En un libro no excesivamente trabado, la reconstrucción de la militancia comunista y feminista de la autora hace de hilo conductor de unos recuerdos con pocas concesiones a los aspectos íntimos del personaje. Con cierta propensión a la mitomanía, la riqueza de lances y peripecias descritas, como asimismo la sensibilidad de la autora para la captación de ambientes y gentes y la sagacidad de muchos de sus análisis, contrapesan la indicada proclividad, como también el no menor deslizamiento hacia la unilateralidad cuanto al más declarado sectarismo. Pese a este último, los recuerdos de la abogada madrileña demuestran palmariamente un dato ocultado o enmascarado en la historiografía del franquismo: el partido comunista fue —democrática o no— la única fuerza de oposición verdadera, según vendría a evidenciarlo la sistemática e implacable represión de que fuera objeto y sobre la que el libro proporciona cuantiosa documentación, en especial en su plasmación barcelonesa. La vida política y cultural de la capital de Cataluña a lo largo de los cua-

renta años rememorados en la obra tiene en ésta una fuente de innegable importancia por la lucidez y densidad del testimonio aportado. Las querellas y divisiones intestinas del P.C. están igualmente bien reconstruidas desde la posición de primer plano representada en ellas por los cargos y el ascendiente de la autora, muy crítica hacia el antifeminismo del partido y la conducta de algunos de sus dirigentes, como Líster o Santiago Carrillo, blanco este último de los dardos más envenenados de la pluma de aquélla. La universidad, la abogacía y el periodismo barceloneses del tardofranquismo e inicios de la democracia reciben en el libro un tratamiento a menudo original y siempre enjundioso. En consonancia con el papel privilegiado representado por la autora en la historia del reciente movimiento feminista, su contribución a la historia de éste resulta, en verdad, capital, no obstante los acusados centros de egotismo de las páginas dedicadas a su análisis. Finalmente, se hace necesario destacar también su anti-conventional y buido enfoque del famoso golpe militar del 23-F, al que la autora muy convincentemente otorga escasa consistencia. Diversos gazapos, tales como el adelanto cronológico de la Constitución a los Pactos de la Moncloa (p. 115), las elecciones parlamentarias en junio de 1979 (p. 242), o la prolongación en dos ocasiones de la vida de Rosa Luxemburgo hasta los años treinta.

*José Manuel Cuenca Toribio*

**Jesús del Cacho: *El negocio de la libertad*. Madrid: Editorial Foca 1999. 651 páginas.**

El autor prosigue con este libro la línea emprendida hace más de un quinde-

cenio de analizar los centros del poder financiero, informativo y político de la España actual, centrada en esta ocasión en la personalidad, empresas y aventuras de Jesús Polanco. La documentación para siluetear la figura de uno de los grandes magnates mediáticos del último tramo de la historia nacional es abundante, si bien en muchas ocasiones no puede ser contrastada al faltarle la prueba *ad calcem*, ya que la bibliografía es muy escasa y aún menos la referencia a fuentes, con excepción de algunas periodísticas. Descoyuntado en la exposición, asistemático y reiterativo, el libro posee, no obstante, un innegable interés. No será sólo la biografía del santanderino Jesús Polanco –trazada con indisimulable *vis polémica*– y de sus principales colaboradores –Juan Luis Cebrián, Javier Pradera, Ricardo Díez Hoteizner, etc. (perfiladas con idéntica alacridad y perspicacia, rayanas en algún extremo y en algún personaje en la maestría)–, sino igualmente una expresiva porción de los divos y primates del mundo de los negocios, la política y la cultura, los iluminados en algunas de sus facetas públicas –de modo aislado, también privadas– por la luz interpretativa o documental proyectada sobre ellos por el autor –Juan Villalonga, Jorge Semprún, Mario Conde y una copiosa lista que incluye nombres de parecidas características a los mencionados. Felipe González es, sin duda, el más beneficiado en el tratamiento de la pluma del conocido periodista que pergeña un cuadro desesperanzador de su gestión gubernamental a partir de 1989. Él y Polanco están, según la tesis del autor, en la base y en la cúspide –acompañados en los episodios y capítulos más importantes por el rey Juan Carlos I– de toda la estructura del poder nacida con el fin del franquismo. Ciertos episodios del inicio de la fulgurante carrera del principal personaje de la obra –Jesús Polanco–, a la

manera de su integración en la revista *Ate-neo* pilotada por el Director General de Información en el primer ministerio (1951-1957) de Gabriel Arias Salgado, Florentino Pérez-Embid (1918-1974), no aparecen, pese a su importancia, registrados en la obra. Algunos errores y defectos historiográficos, más censurables al ser el autor también licenciado en Historia Moderna y Contemporánea por la Complutense, así, v. gr., una atribuida e infundada simbiosis entre Primo de Rivera y Alfonso XIII que compara con la trabada entre el nieto del mencionado monarca y Felipe González (pp. 14 y ss). Abuso de anglicismos.

*José Manuel Cuenca Toribio*

**Josep M. Piñol: *La transición democrática de la Iglesia católica española*. Madrid: Trotta 1999. 539 páginas.**

Al Hablar de procesos de transición democrática en España se entiende habitualmente la evolución política y social que tuvo lugar en expectación o a raíz de la muerte del dictador Franco en 1975. Esta situación de hecho se corresponde con la evolución que siguieron prácticamente todas las instituciones sociales y políticas en España. La Iglesia católica, sin embargo, años antes y no por las razones mencionadas, ya había experimentado su propio proceso de transición democrática. Como constataría Vicente Enrique y Tarancón, cardenal arzobispo de Madrid-Alcalá y pPresidente de la Conferencia Episcopal española, en junio de 1978 en medio del proceso de transición política: “Todo intento de interpretación de la Iglesia en España hoy en día tiene que ser considerado a partir de la relevancia crucial que el Concilio Vaticano en su día tuvo

para nosotros y lo sigue teniendo”.

El Concilio Vaticano II (1963-1965) había diseñado las pautas según las cuales la Iglesia católica habría de asumir el proceso de modernización que había tenido lugar en la sociedad en general. El Concilio exigiría una separación estricta entre la Iglesia y el Estado y abogaría por la libertad de expresión y tolerancia religiosa. El Concilio además exigiría una democratización de las estructuras jerárquicas, creándose por ejemplo la Conferencia Episcopal, y abogaría por una mayor incorporación de los seglares en la tarea pastoral. Todo esto resultaba ser un viraje radical respecto de lo codificado no muchos años antes en el Concordato de 1953, y que había hecho de España un Estado confesional en el sentido estricto de la palabra. Los resultados del Concilio tuvieron por tanto un impacto extraordinario en el clero español, que hasta ese momento había vivido unos esquemas altamente retrógrados.

El proceso de transición democrática eclesial fue por tanto un proceso difícil, penoso y traumático para muchos eclesiásticos y en especial para el episcopado. Este proceso culminó en la Asamblea conjunta de Obispos y Sacerdotes de 1971, en la que incluso se llegó a pedir perdón por el incondicional apoyo que la Iglesia había prestado al bando nacional durante la Guerra Civil. Una parte del clero, en esos años, además, comenzó a apoyar tanto las reivindicaciones político-sociales de determinados sectores de la sociedad española, así como los movimientos autonómicos en Cataluña y el País Vasco. No extraña, pues, que las relaciones entre Estado e Iglesia fueran empeorando hasta llegar a tal punto que en 1974 el Régimen estuvo a punto de romper las relaciones con la Santa Sede. La Iglesia, de esta forma, había concluido felizmente su pro-

pia transición antes de que comenzara la política y, en consecuencia, a comienzos de ésta, la Iglesia ya no era identificada plenamente con el Régimen; las directrices del Concilio Vaticano, además, permitieron a la Iglesia permanecer fuera de las discusiones políticas.

El presente estudio de Piñol, basado en un sinnúmero de publicaciones coetáneas, es un minucioso trabajo sobre esta etapa crucial de la historia de la Iglesia católica contemporánea. La primera parte trata las bases históricas de la situación preconiliar en España. Este apartado parte de la situación establecida a raíz del concordato de 1851 y describe a continuación la evolución de la “cuestión religiosa” en España hasta las crispaciones de los años de la Segunda República. Los siguientes capítulos tratan de la alianza incondicional entre la Jerarquía y los generales sublevados, describen la situación durante la Segunda Guerra Mundial, así como la relevancia del concordato de 1953 para la autodefinición de la Iglesia en España.

Asentados los antecedentes históricos, el segundo gran apartado se centra, pues, ya en el impacto del Concilio y el consiguiente desafío de sus resultados para la Iglesia en España. Con gran minuciosidad, Piñol describe los serios problemas internos, así como en las relaciones de la Iglesia con el Estado, que fueron surgiendo y acentuándose a partir de ese momento. Este ambicioso trabajo, lamentablemente, quedó inacabado por la defunción del autor. La exposición termina con el II Sínodo de Obispos de 1969. Es de esperar que en su día alguien continúe esta tarea emprendida por Piñol, pues la relevancia del tema exige un análisis de profundidad como el presente.

*Carlos Collado Seidel*

**Vicente Cacho Viu: *El nacionalismo catalán*. Barcelona: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Quaderns Crema 1998. 236 páginas.**

Edición póstuma de la obra que finalizó en 1997, un año antes de su muerte, en este libro revisa una serie de aspectos relacionados con el nacionalismo desde una óptica conservadora y tradicional, pero con una profunda comprensión de la situación histórica y de los nexos existentes entre la capital, Madrid, y la zona de Cataluña. Madrileño que vivió en Barcelona, extrae los elementos que originaron y fundamentaron el nacionalismo y el modo en que este movimiento trató de darse a conocer en la península a través del ámbito parlamentario, de las relaciones interpersonales entre intelectuales y políticos de ambas zonas geográficas y de la Institución Libre de Enseñanza. Se centra en el período de la Restauración hasta la Segunda República, pero Cacho destaca más la incidencia del modernismo que del “noucentisme” en la configuración de una mentalidad específicamente catalana. La difusión de esta ideología a través del catolicismo y del partido político de la Lliga primero, la normativización de la lengua, la reinstauración de premios literarios estrictamente catalanes, como los Juegos Florales, y además la creación de instituciones típicas para la difusión de su cultura, como el Ateneu y el Institut d’Estudis Catalans, fueron pasos sucesivos dentro de un mismo proceso. Señala asimismo la aparición al cabo de algunas décadas de un nacionalismo de izquierdas. El autor destaca la labor de Valentí Almirall hasta 1887 como representante pionero en la configuración de esta tendencia y que trató de buscar referencias en los modelos irlandés y, sobre todo, húngaro. Realza el papel de los modernistas catalanes en la propagación de esta ideo-

logía más de izquierdas a través de *L’Avenç*, revista de tendencia liberal y favorable a la introducción de fuentes literarias procedentes de París, y después con la edición de otra publicación periódica titulada *Catalonia*. La creación del periódico *La Veu de Catalunya*, que fue el órgano exterior del partido de la Lliga y por consiguiente más conservador, reflejaba la otra cara del nacionalismo. Se muestra la colaboración de conservadores y liberales en la empresa nacionalista a pesar de sus diferencias de pensamiento. Menciona la labor política de Enric Prat de la Riba en la Diputación y la de Francesc Cambó en el entorno parlamentario. Se refiere a algunos textos que determinaron una situación cultural, social y política en Cataluña, como el de Valentí Almirall *Lo catalanisme* (1902) y el de Enric Prat de la Riba *La Nacionalitat Catalana* (1905), el de Pere Corominas *La vida austera* (1908) y el de Eugeni d’Ors *La ben plantada* (1911), entre otros. Un apartado muy interesante es el que se centra en las conexiones entre la Institución Libre de Enseñanza planteada por Francisco Giner de los Rios en Madrid y los catalanes favorables al nacionalismo. Observa la relación de Giner con Joan Maragall o D’Ors y su actitud ante estos temas. También presta atención a Josep Pijoan como participante en la Junta Municipal de Museos y artífice de la Escuela española en Roma, pues allí iban los becarios españoles a ampliar estudios. Según Cacho, Pijoan fue un hombre puente entre Madrid y Barcelona, al igual que Giner se convirtió en un referente indispensable en las relaciones entre el nacionalismo catalán y la tradición liberal española. Compara el autor la moral nacionalista de Cataluña con la moral de la ciencia en Madrid, además de establecer distinciones entre la filosofía krausista, que a finales del siglo XIX tenía numerosos partidarios en Madrid, y la

positivista, en Barcelona, con el fin de ir mencionando las pequeñas diferencias que existían sobre todo en la etapa de la Restauración entre el centro y la periferia. Por último se trataba de solucionar los pequeños problemas de coexistencia y convivencia de un modo que resultara favorable a ambas partes. Incluye el lugar de procedencia de los artículos recopilados para confeccionar esta obra, pues Cacho

la había redactado a partir de conferencias y publicaciones anteriores. El volumen resume bien el conocimiento que el autor tenía sobre el tema, fruto de numerosas lecturas en la biblioteca del Ateneu barcelonés. Un índice alfabético breve de nombres propios y de conceptos facilita la consulta.

*M<sup>a</sup> Carmen Riu de Martín*